

INTRODUCCIÓN

Àlex MARTÍN ESCRIBÀ

Javier SÁNCHEZ ZAPATERO

Coordinadores del II Congreso de Novela y Cine Negro

Universidad de Salamanca

La astucia de Sherlock Holmes fue tal que consiguió evitar la muerte incluso a manos de su propio creador. Frustrado por la imposibilidad de orientar su carrera artística hacia su verdadera vocación, el género histórico, y totalmente eclipsado por su propio personaje, Arthur Conan Doyle llegó a sentirse tan molesto con el éxito de su criatura literaria que decidió eliminarlo en el relato *El problema final* a través de una caída mortal, junto a su acérrimo enemigo Moriarty, por las cataratas de Reichenbach. La muerte de Holmes, ya instalado en la categoría de mito popular, impactó de tal forma a sus miles de seguidores que las calles de Londres comenzaron a llenarse de jóvenes con crespones negros en los sombreros. La familia real británica expresó públicamente su consternación y *The Strand Magazine*, el periódico donde se publicaban sus relatos, perdió con su muerte más de 20.000 suscriptores, quedando al borde de la ruina. Encabezada por la anciana madre de Conan Doyle, lectora empedernida de las aventuras del personaje de Baker Street, la presión para que el investigador resucitara fue tal que al escritor no le quedó más remedio que ceder ante el clamor popular –y ante las compensaciones económicas que Holmes y su compañero Watson le daban, bastante más suculentas que las que su ansiada carrera como novelista histórico le podía ofrecer– y volver a dar vida al detective en *La casa vacía*. Nadie ha vuelto intentar desde entonces matar a Sherlock Holmes, porque nadie es tan osado como para pensar que podrá acabar con quien ha dejado de vivir en las páginas de los libros para instalarse en el imaginario colectivo popular, ese lugar en el que lo artístico comienza a fundirse con lo mítico y en el que los personajes, como bien aprendió Conan Doyle, dejan de ser de sus creadores para ser patrimonio de todos. Allí habitan también Hercule Poirot, un sibarita de maneras amaneradas cuyas “pequeñas células grises” no paran de trabajar; Philip Marlowe, un sabueso de cigarro perpetuo que esconde sensibilidad y romanticismo bajo una coraza cínica y solitaria; Nero Wolfe, un tipo orondo permanentemente encerrado en su jardín de rarísimas orquídeas; o Pepe Carvalho, un exquisito gourmet que prepara con mimo sus platos mientras quema libros clásicos y espera que llegue la revolución definitiva. Allí habitan cientos de detectives, desde el

primigenio August Dupin hasta el novísimo Jack Taylor pasando por el cáustico Sam Spade, el elegante Dick Tracy o el imberbe Flanagan.

Gestados en los párrafos de una novela, en las viñetas de un cómic o en los fotogramas de una película (casi siempre en blanco y negro y bajo una inmensa capa de humo), los detectives nunca morirán porque pertenecen para siempre a sus lectores y espectadores, que han aprendido con ellos que nunca se han de pisar las motas de polvo de la escena del asesinato, que el único crimen perfecto es el que aún no se ha cometido, que a veces bastan dos frases ingeniosas para desarmar a una mujer de bandera, que la podredumbre moral apenas entiende de clases sociales, que los límites entre el bien y el mal no están tan claros como algunos quieren hacer creer y que, a pesar de sus averiguaciones y de sus intentos por hacer que la justicia sea algo más que lo que dictan unas leyes sin corazón, el mundo no dejará nunca de ser un lugar cruel.

Precisamente porque aún están vivos, la segunda edición del Congreso de Novela y Cine Negro de la Universidad de Salamanca, celebrada en mayo de 2006, quiso recordar, homenajear, ensalzar y estudiar a estos tipos solitarios y descreídos que caminarán siempre por calles solitarias, aparentando intentar desentrañar cuál de todas las coartadas era falsa, pero pensado realmente en cuál de todas las sospechosas tenía las piernas más largas. Durante cuatro días, Salamanca se convirtió en foro de estudio de libros, películas y cómics protagonizados por detectives. Creadores como Andreu Martín, Francisco González Ledesma, Fernando Martínez Laínez, Ronaldo Menéndez, Ángel de la Calle, Vicente Aranda o Imanol Uribe; estudiosos como José Luis Sánchez Noriega, Miguel Ángel Huerta Floriano, Luis Rafael Hernández, Isabel Moreno Ferrero, Pedro Javier Pardo o Paco Camarasa (que, además de conocer todos los entresijos del género y ser promotor de diversos actos difusores, dirige junto a Montserrat Clavé la librería especializada en género negro *Negra y criminal*) e incluso un detective privado de verdad como Juan-Carlos Arias fueron los encargados de analizar, poniendo en común vivencias, estudios e inquietudes, la figura del investigador en la literatura. Sus reflexiones, aderezadas con las de otros expertos en literatura policiaca y con varios cuentos, forman este volumen, que, aunque centrado en el estudio de los personajes detectivescos, extiende sus conclusiones a aspectos globales del género policiaco.

La publicación de esta obra viene así a continuar con el desarrollo de un proyecto que, respaldado por el éxito de convocatoria de los Congresos de Novela y Cine Negro realizados en 2005 y 2006 en la Universidad de Salamanca y por la publicación de *Manuscrito Criminal: Reflexiones sobre novela y cine negro*, aspira a

consolidarse en los próximos años como punto ineludible de referencia en el estudio del género negro. Los detectives siguen vivos en nuestro imaginario y por eso seguiremos durante mucho tiempo viendo sus películas, leyendo sus libros, comentando sus aventuras con expertos y creadores y brindando para que su futuro, que ya es el nuestro, dure muchos años más.